

## COLECCIÓN ARIEL

Epítomes de Literatura Internacional, Antigua y Moderna

Número 23

San José, Costa Rica

Diciembre 1912

## SUMARIO

Leopoldo Lugones: *La voz contra la roca. La política y los pueblos. Oceánida. El pañuelo. Canto de la tarde y de la muerte. León cautivo. La lluvia de fuego. La dicha de vivir.*

## LA VOZ CONTRA LA ROCA

Es una gran columna de silencio i de ideas en marcha.

El canto grave que entonan las mareas respondiendo a los ritmos de los mundos lejanos; el rumor que los bosques soberbiamente ancianos dan, como si debajo de largas sepulturas sintiérase crujidos de enormes coyunturas; las sordas evasiones de las razas, que arroja el heroísmo nómada a la vendimia roja; el ¡han! de los supremos designios, que se escucha en el postrer hachazo que acabará la lucha, ya sea que se trate de un cedro o de un gigante; las torres que no alcanza con su talón triunfante la horda; el trágico viento de las batallas;

todo  
lo que es grande, o solemne, o heroico de algún modo,  
—clamores de conquistas, rumores de mareas—  
va en esa gran columna de silencio i de ideas  
que el poeta ve alzarse desde las hondas grutas.

El Sol es su vanguardia!

—Por las eternas rutas  
que accidentan la historia, van los pasos enormes.  
Es un largo desfile de tinieblas informes.  
Mas, dominando aquella procesión tenebrosa,  
el alba se levanta como una húmeda rosa  
cuyos pétalos caen en una lluvia de oro.  
El poeta apostrofa con su clarín sonoro  
a la columna en marcha; lo que dice, resuena  
como el flujo de bronce de una hornalla harto llena.  
Tan fuertes son sus alas, que aquel sér de ancho  
aliento  
parece que en los hombros lleva amarrado el viento.  
Es el gran luminoso i es el gran tenebroso.  
La rubia Primavera le elige por esposo.  
Él se acuesta con todas las flores de las cimas.  
Las flores le dan besos para que él les dé rimas.  
El sol le dora el pecho, Dios le sonríe—apenas  
hai nada más sublime que esas sonrisas, llenas  
de divinidad, que hacen surgir sobre la oscura  
silueta de los montes una inmensa blancura  
zodiacal.—Forja el hierro de su peto i su casco  
la Paciencia en los yunques de una ideal Damasco,  
i el Silencio custodia la hoguera donde amasa  
con bronce i sombra el verbo que templará en la  
brasa.

A fin de que los hombres alcancen con sus bocas

su oreja, enormemente sentado entre dos rocas como un afable cóndor les escucha; i los hombres creen que están a un mismo nivel, almas, i nombres, i cabezas. Los grandes hombres i las montañas es forzoso que siempre estén de pié. Extrañas son las voces del antro a la cumbre. La oruga que esconde entre las hierbas su imperceptible fuga, ve al águila i opina: «eres un sér monstruoso, águila!»—En cambio el águila no vé a la oruga.

Hermoso  
i divino es el cielo porque es indiferente a las nubes que le hacen mal. El cielo es la frente de Dios, sobre la eterna serenidad suspensa: cuando se llena de astros i sombra, es que Dios piensa.

El cielo se repite en las frentes radiosas. No importa que ellas sean claras, o misteriosas o formidables, siendo capaces del martirio. No de la infamia! Tanto vale rasgar un lirio como manchar un astro; el viejo Cosmos gime por la flor i la estrella con un amor sublime i total. Grave enigma de amor! Esto consiste en que el gran Sér no quiere que ninguno esté triste. I el dolor, ese fuego que exalta todo nombre, (Cristo sangriento, brilla; triste, suda como hombre) es un heróico vino que ignora la tristeza.

Hombres! no escupáis nunca sobre una gran cabeza. No seáis mancha cuando pudierais ser herida. El hierro sufre en lo hondo de la fragua encendida, pero hasta hoí nadie ha visto las lágrimas del hierro.

El poeta es el astro de su propio destierro.  
Él tiene su cabeza junto a Dios, como todos,

pero su carne es fruto de los cósmicos lodos  
de la Vida. Su espíritu del mismo yugo es siervo,  
pero en su frente brilla la integridad del Verbo.  
Cada vez que una de esas columnas, que en la  
historia

trazan nuevos caminos de esfuerzo y de victoria,  
emprende su jornada, dejando detrás de ella  
rastros de lumbre como los pasos de una estrella,  
noches siniestras, ecos de lúgubres clarines,  
huracanes colgados de gigantescas crines  
i montes descarnados como imponentes huesos:  
uno de esos enjendros del prodigio, uno de esos  
armoniosos doctores del Espíritu Santo,  
alza sobre la cumbre de la noche su canto.

(La alondra i el Sol tienen de común estos puntos:  
Que reinan en los cielos i se levantan juntos).

El canto de esos grandes es como un tren de guerra  
cuyas sonoras llantas surcan toda la tierra.

Cantan por sus heridas, ensangrentadas bocas  
de trompeta, que mueven el alma de las rocas  
i de los mares. Hugo con su talón fatiga  
los olímpicos potros de su imperial cuadriga;  
i, como de un océano que el sol naciente dora,  
de sus grandes cabellos se ve surgir la aurora.

Dante alumbró el abismo con su alma. Dante piensa.

Alza entre dos crepúsculos una portada inmensa,  
i pasa, transportando su empresa i sus escombros:  
una carga de montes i noches en los hombros.

Whitman entona un canto serenamente noble.

Whitman es el glorioso trabajador del roble.

Él adora la vida que errumpe en toda siembra,  
el grande amor que labra los flancos de la hembra;  
i todo cuanto es fuerza, creación, universo,



## LEOPOLDO LUGONES

No creo yo que en nuestras tierras de América haya hoy personalidad superior a la de Leopoldo Lugones, quien antes de llegar al medio del camino de la vida, se ha levantado ya incommovible pedestal para el futuro monumento. *Las montañas del Oro, Los crepúsculos del jardín, El imperio jesuítico, La guerra gaucha, Las fuerzas extrañas, Lunario sentimental, Piedras liminares, Prometeo, Odas seculares, La Reforma educacional e Historia de Sarmiento.*

RUBEN DARIO

(Mundial Magazine, Vol. II, N<sup>o</sup> 7).

pesa sobre las vértebras enormes de su verso.  
Homero es la pirámide sonora que sustenta  
los talones de Júpiter, goznes de la tormenta.  
Es la boca de lumbre surgiendo del abismo.  
Tan cerca le ha hablado Dios, que él habla lo  
mismo.

Aquella gran columna se ha poblado de voces:

«Las cosechas proíficas esperan nuestras hoces.  
Los metales, esclavos de inmutable obediencia,  
trazan la ruta. El índice severo de la ciencia  
señala el paraíso de la grandeza humana.  
El yunque y el martillo, sí; mas no la campana.  
La razón es el lábaro del ideal eterno;  
la razón que no admite ni el cielo ni el infierno.  
Dios es un viejo amo, desterrado monarca  
Que agoniza en la inmensa desolación de su arca.  
—Substituir la noche por la aurora, i el falso  
culto por la evidencia de la luz; i el cadalso  
por el libro; ser astro, ser cumbre, ser progreso;  
sentir sobre la frente la dicha como un beso  
floral; prender al flanco de la tiniebla el rayo  
cual flamíjera espuela; contradecir el fallo  
de los siglos; dar cimas a la conciencia augusta;  
romper los viejos moldes de la creencia injusta;  
confiscar a la sombra su vasto calabozo;  
anegar las tinieblas en un vasto alborozo;  
deshacer para siempre las coronas de espinas;  
sembrar modernas rosas sobre el altar en ruinas;  
desencajar las claves del formidable techo  
que encubre la sombría negación del derecho;  
bautizar con vitales perfumes toda frente;  
esprimir frescas uvas sobre el deseo ardiente;

desafiar las borrascas con la altivez de un cedro secular; pedir cuentas a César como a Pedro —«César que mata i Pedro que miente»;—alzar la mano

hasta la consagrada mejilla del tirano, i con el mismo esfuerzo que inicie la venganza, ante el culto de muerte proclamar la Esperanza: hé aquí el nuevo dogma! Dios, lacerante yugo, es el primer tirano i es el primer verdugó. La libertad le niega, la ciencia le suprime: la libertad que alumbrá, la ciencia que redime. A destronarle, picas! Guerra a Dios! Muerte al mito!»

—Mas ¿con qué váis, entonces, a llenar lo infinito?

No! la fe es la suprema reveladora. El mundo es un milagro eterno de fe. Lo que es fecundo, o luminoso, o bello—amor, estrella, rosa—certifica el imperio de una ley misteriosa que combina la trama de los destinos, i hace converger los esfuerzos de todo lo que nace sobre un eterno foco que ejecuta i que piensa tal como el haz de músculos de una derecha inmensa.

La fe es una montaña llena de precipicios. En sus cavernas moran las larvas de los vicios: lo negro en lo monstruoso. Su cuesta es agria i dura.

En todas las montañas sólo la cima es pura. La cima es el esfuerzo visible del abismo que lucha en las tinieblas por salir de sí mismo. El alma tiene una: Dios. Si el alma descuella sobre su propio vuelo, se reconoce en ella.

Pueblo, sé poderoso, sé grande, sé fecundo;  
ábrete nuevos cauces en este Nuevo Mundo;  
respira en las montañas saludables alientos;  
destuerce los cerrojos del antro de los vientos;  
recoge las primicias de los frutos opimos;  
cíñete la corona de espigas i racimos;  
desarma la muñeca i el calcañar del fuerte  
cuyos sobacos huelen a bravío i a muerte;  
funda en las nuevas aras los dogmas fraternales  
noblemente rodeados de nimbos siderales;  
borra de tus encías la hiel de todo insulto;  
i haz que las hostias sean, en tu moderno culto,  
no de carne sangrienta sino de dulce trigo.  
El Tío Sam es fuerte. Arraigada en su ombligo  
tiene la cepa de Hércules. En su vasta cabeza  
hai no sé qué proyectos de una informe grandeza;  
aprende el recio canto que esfuerzan sus martillos;  
muerde con sus tenazas la cuña de tus grillos;  
pon en las férreas ancas de sus locomotoras  
una gigante carga de nubes i de auroras;  
desflora con su hierro las cumbres familiares;  
i alzándote desde esos gigantescos altares,  
proclama a Dios, en frente de las excelsas lumbres  
del Sol. Los arrabales del cielo son las cumbres.  
Castiga, si hai infamia qué castigar; nivela  
los antros, no las cimas; alza tu blanca vela  
sobre el egregio mástil de la fé; tiende al viento  
como un plumaje de oro todo tu pensamiento,  
i abre a la aurora tu alma como un bosque ar-  
monioso.

El astro de tu suerte flota en lo misterioso.  
Algo, como una sorda germinación que abraza  
con sus potentes vástagos la carne de la Raza,

algo que sobre el monte de tus espaldas pesa  
cual la triunfante garra de un cóndor que hace presa,  
pretende libertarte de tu peñón sombrío:  
salvadora borrasca que sacude al navío,  
oscuras expansiones del oculto renuevo,  
alas que se presienten en la eclosión del huevo...  
Tú eres el arca errante del abismo. Tu frente  
es el lecho de sombra del ideal naciente.  
Los siglos te decean, pero tu alma está oscura  
todavía; la llama divina que fulgura  
sobre el total esfuerzo de las razas, no brilla  
en tu cabeza. El árbol duerme aún en la semilla.  
Mas la semilla en lo hondo del porvenir vegeta.  
De ella surgirá este átomo, este sol:

Un poeta!

Un poeta? Es preciso. Dios no trabaja en vano.  
Cuando sobre las cumbres del pensamiento humano  
la noche se constela de lejanos fulgores,  
cuando las grandes lenguas del viento dan rumores  
inauditos, i cuando sobre esas cumbres flota  
la innegable caricia de una armonía ignota,  
la luz presente al astro, la fe presente al alma.

Dios trabaja en el seno de una inmutable calma.  
Pero las grandes voces: el trueno, el mar, el viento,  
dicen las predicciones de aquel advenimiento.

—Yo escuché esas tres grandes voces: Dios ha  
querido

que esas tres grandes voces sonaran en mi oído.  
Dios ha dicho palabras a la hoja de hierba:

Pueblo del Nuevo Mundo, eres la gran reserva  
del Porvenir. Tu grave destino que medita  
el vasto pensamiento de la sombra, palpita

como el feto de un astro futuro entre el oleaje  
de las Causas divinas. Tu frente alta i salvaje  
deja correr en olas pensamientos sombríos,  
tal como una montaña madre de muchos ríos.  
Tus esperanzas, formas que en lo vago se mecen  
llenando excelsitudes luminosas, parecen  
una visión de torres bajo una alba dorada.  
Allí está Dios. Su mano paternal levantada  
sobre el abismo, enseña las proficuas cosechas.  
En su mirada de oro vibran sublimes flechas.  
Su seno es inefable. Su poder no fatiga  
ni un pétalo de rosa, ni una antena de hormiga.  
Vosotros los siniestros que le llamáis tirano,  
vosotros los campeones del ideal humano,  
vosotros los intérpretes austeros de la Vida,  
vosotros los apóstoles de la razón deicida,  
los que queréis derecho, libertad, luz, aurora,  
para todo el que sufre, para todo el que llora,  
para todo el que piensa, para todo el que canta,  
oh admirables rebeldes de la luz: si os espanta  
que Dios reine en sus cielos, que su grandeza impere  
en todo lo que vive i en todo lo que muere,  
que su palabra, llena de celestes cariños,  
cubra de bendiciones las cunas de los niños,  
que el trueno de su boca desarraigue los montes,  
que el fulgor de su gloria llene los horizontes,  
que el rayo de sus ojos omnipotentes, vibre,  
¡dejadle, por lo menos, que sea un hombre libre!...

--Las astros centelleaban de furores divinos,  
i daban fuertes sonos como un bosque de pinos  
flameantes cabalgado por el huracán, sonos  
que flotaban cual nubes sobre los escuadrones

de aquella gran columna blasfema. El mar oía, oía la montaña, la selva, el antro, el día, presintiendo un cercano temblor de cataclismo ante esas formidables alarmas del abismo. Aquellos sones eran las palabras de una ira tenebrosa que hablaba como el viento en la lira «El alma está en peligro!» clamaban. Desde el cielo caían sordas lágrimas de sangre i luz; el duelo de las sombras pesaba sobre la tierra inerte como un árbol sobre una meditación de muerte. La Cruz austral radiaba desde la enorme esfera con sus cuatro flamígeros clavos, cual si quisiera en sus terribles brazos crucificar al polo. En medio de aquel trágico horror, yo estaba solo entre mi pensamiento i la eternidad. Iba cruzando con dantescos pasos la noche. Arriba los astros continuaban levantando sus quejas que ninguno sentía sonar en sus orejas. Rugían como bestias luminosas, heridas en el flanco, mas nadie sujetaba las bridas; nadie alzaba los ojos para mirar aquellas gigantes convulsiones de las locas estrellas; nadie les preguntaba su divino secreto; nadie urdía la clave de su largo alfabeto; nadie seguía el curso saugriento de sus rastros...

I decidí ponerme de parte de los astros.

(De *Las Montañas del Oro*).



## LA POLÍTICA Y LOS PUEBLOS<sup>1</sup>

*París, diciembre de 1911.*

**E**l mundo entero está de crisis parlamentaria. Así lo reconocen los mismos parlamentos, que demasiado ensoberbecidos u obstinados en su fantástica representación de la no menos quimérica soberanía popular, creen poder prevenir con leyes su fracaso ya irremediable. Ayer, el Austria lanzábase al sufragio universal, que le dió una cámara tan imposible como todas las anteriores, aunque como ellas contaba la consabida mayoría oficial. Verdad es que en ma-

---

<sup>1</sup> Esta carta se reproduce con el consentimiento de su distinguido Autor. Se ha tomado de *La Nación* de Buenos Aires, en la que fué publicada por vez primera. El señor Lugones reside actualmente en Europa, en donde es Corresponsal del citado diario.—(N. del E.)

teria de libertad, el imperio de los Hapsburgos es una procedencia muy sospechosa. Y la prueba de lo poco que valen en realidad las elecciones, es la facilidad con que las monarquías más retrógradas se empeñan en perfeccionarlas. Así, el muy reaccionario gobierno español del señor Maura, fué precisamente el autor del voto obligatorio en la Península y presentó el inevitable resultado de una mayoría abrumadora en los comicios donde estrenó su sistema. Cuando se produjo su caída; a consecuencia o por contragolpe del fusilamiento de Ferrer — un adversario de toda elección—el gabinete liberal que le sucedió puso en movimiento la misma máquina. El resultado fué como podía esperarse: mayoría liberal gubernista.

Después, la democrática Inglaterra reformó también su parlamento; si bien las tres elecciones que para ello hubo de practicar revelaron una disminución progresiva de votantes. Lo cual significa que el pueblo inglés va creyendo como los otros en la materia.

Por último, Francia decide modificar igualmente su sistema electoral, volviendo a la lista que había substituído con la circunscripción, para asegurar de este modo las instituciones republicanas; aunque ahora

invierte su opinión con el mismo objeto precisamente. La reforma, votada en general antes de las vacaciones, debe entrar pronto al debate por artículos, lo cual viene a darle una actualidad sincrónica, con la de análogo carácter sancionada en nuestro país, y bajo este concepto una importancia especial para nosotros.

Trátase, sin embargo, de dos cosas diametralmente opuestas. En Francia, lo esencial es adoptar de cualquier modo la elección por lista; mientras allá, lo primero de todo es la derogación de este mismo sistema. El verdadero móvil de esta doble evolución es conocido. Cuando el pueblo principia a hartarse demasiado de abusos, se echa la culpa al sistema electoral, y se propone otro que debe corregirlos; sin perjuicio de volver al anterior, así que el otro produce el mismo efecto, pues lo menos malo de la política son los sistemas con que encubre sus tramoyas. Sólo que la farsa, demasiado repetida, ha abierto los ojos al pueblo y éste no quiere ya votar de ningún modo. El número de votantes disminuye progresivamente en todos los países, hasta el extremo de que ya no sólo el gobierno, sino la representación total, constituída por el ofi-

cialismo y la oposición, corresponden a una minoría de ciudadanos, la quinta parte de los electores en Inglaterra, la séptima en Francia. En los Estados Unidos hay más votantes, porque los copian del padrón, exactamente como entre nosotros...

Este resultado era de esperarse. La iniciativa de la abstención, correspondiente á los intelectuales, que fueron, como es natural, los primeros desengañados, había de arrastrar luego á la masa; porque los verdaderos dirigentes son ellos. Y como han de ir alejándose cada vez más de la política, por la suprema razón de higiene moral que separa de su tráfico a todo cuanto representa en el mundo independencia y altivez, resulta que el fracaso de las instituciones representativas, de la democracia política que es el escamoteo de la democracia social, preséntase irrevocable.

Semejante consecuencia está llena de promisiones fecundas.

Primeramente, la política pierde su carácter de derecho cívico, de acción positiva inherente a la condición de ciudadano, para tornarse en lo que realmente es: una profesión como cualquier otra; o si los gobiernos avanzan hasta el divertido estreno del

voto obligatorio, esta paradoja del oficialismo convierte el derecho cívico, la expresión de soberanía que puede ser agradable o conveniente ejercer, en una carga oficial, que es decir antipática de suyo, y por su mismo carácter coercitivo antagónica con la libertad.

Los pueblos pudieron creer un tiempo que el voto les representaba alguna libertad positiva, y desde luego, la de constituir el gobierno por delegación de su soberanía pomposamente proclamada. Tan pocas libertades daba en suma la autoridad, que valía la pena ejercitar aquélla. Hacerlo, comportaba un caso de dignidad, así como no dejarse usurpar el precioso derecho, una prueba superior de coraje cívico. Entonces habría parecido monstruoso constituir en deberes coercitivos la dignidad y el coraje cívicos; y moralmente hablando, así es en realidad.

Pero los pueblos han descubierto que aún votando allá donde los dejan porque eso no estorba, no existe en el hecho tal soberanía ni tal delegación. El delegado, en todas partes, hace con el soberano lo que se le antoja. Empezando por lo más grave, o sea los asuntos internacionales que pueden com-

prometer irrevocablemente la paz y el territorio de la nación, los gobiernos—los delegados—se escudan en el secreto diplomático, indispensable, según parece, para arreglar o descomponer las cosas sin intervención del pueblo soberano. Los mismos representantes que dichos gobiernos le adjudican o le dejan darse en las elecciones, lo ignoran con frecuencia; y es lo que acaba de verse aquí con motivo de los asuntos marroquíes. El parlamento y el pueblo ignoraban los dos tratados secretos con Inglaterra y con España, aunque tales documentos contaban ya siete años de vigor. Sin embargo, esa política puede costar al soberano, en cualquier momento, su dinero y su sangre, su territorio y su honra. Se dirá que la seguridad nacional lo exige: pero ¿de qué demontre sirve, entonces, esta soberanía, si la misma seguridad del soberano obliga a prescindir de ella?

Sucede lo propio en los asuntos internos. La policía es un poder que escapa al contralor del pueblo, aunque se trata del más temible instrumento de abuso. Los mismos representantes parlamentarios se hallan bajo el imperio de su vigilancia. El honor y libertad de todo ciudadano dependen de su

documentación secreta. No hay virtud que resista a sus asechanzas. Todo el mundo sabe que, más o menos, el vicio y el crimen la subvencionan, de manera que no los persigue sino cuando le conviene. El pueblo aborrece por lo regular a la policía. Teóricamente es, sin embargo, el soberano a quien ella sirve; y prácticamente, el que paga ese instrumento de su propia opresión.

La justicia procede con mayor absolutismo todavía. Además de su inamovilidad, no es el pueblo quien nombra los jueces. Tampoco puede nada contra sus abusos. El pueblo es la víctima indefensa del juez, en la realidad de las cosas. En la teoría democrática, el juez es un delegado del pueblo, como todos los demás funcionarios...

El ejército constituye una casta aparte y superior al pueblo, al pobre soberano que delega y que paga. Y así sucesivamente. Toda la institución del gobierno, fundado teóricamente en la soberanía popular, es prácticamente la negación de dicha soberanía. Hay, al respecto, una prueba concluyente. Cuando ese principio de la soberanía tuvo cierta importancia práctica, porque á los políticos liberales les convino dársela para alcanzar el gobierno, la Iglesia lo con-

denó. Mas ahora, demostrado ya por la práctica que aquellos políticos encumbrados al gobierno son exactamente como los otros; es decir, restaurado por la república o las instituciones representativas el imperio del dogma de obediencia, el principio de autoridad, que es lo interesante para la Iglesia, ésta reconoce sin dificultad la república y las instituciones representativas basadas, sin embargo, en aquel mismo principio. Pero basadas teóricamente, es decir, reducidas a meras «formas» de gobierno con las cuales es compatible el principio de autoridad o dogma de obediencia, tan intacto como antes bajo los regímenes absolutistas.

Por otra parte, es singular la predilección que manifiestan los gobiernos a la libertad del sufragio. Representantes en la sociedad del principio conservador o de resistencia, los gobiernos tienden siempre a restringir el uso de la libertad bajo todos sus aspectos; porque cuanto menos libertad hay, más gobierno son o ejercen. Formas distintas del despotismo original, todos son iguales en esto; y he aquí por qué la justicia, la policía, el ejército, las contribuciones, es decir, los medios directos de opresión y de explotación, son también iguales bajo todos

los regímenes. Libertad y obediencia son términos incompatibles, radicalmente antagónicos, porque recíprocamente se niegan. De manera que cuando una libertad cualquiera resulta simpática al gobierno, es por esto mismo una libertad muy sospechosa.

Tal sucede con ese sofisma del sufragio, particularmente grato a los políticos, es decir, a los profesionales del gobierno, cuyo éxito consiste en asegurarse de la manera más hábil la explotación del pueblo por medio de la comedia electoral. El principio práctico es que todo el mundo elija. Abandonar esta función, es cobardía cívica, desgracia de la patria, autorización al mal gobierno. Por supuesto que semejante opinión pertenece siempre a individuos que desean ser electos. En cada predicador de esos está presente el candidato. Todo el mundo debe elegir, pero se sobreentiende que elegirlos a ellos. Si así no resulta, o mejor dicho, si así amenaza no resultar, el gobierno enmienda el error. Y de esta suerte es como en ninguna parte pierde elecciones el gobierno.

Legalización tan cómoda de su ejercicio, merece ciertamente un cuidado especial, y esto explica por qué cuando el pueblo, har-

to de farsa, abandona los comicios definitivamente, el gobierno se quita la careta y convierte el derecho en obligación. Me obliga a que le dé con mi voto la legalidad y la autorización que yo no quiero darle. Se dirá que no me obliga a votar por él, sino a votar solamente, dejando incólume mi libertad de elegir; pero si con dos libertades concurrentes, la de elegir y la de votar, el gobierno me ha vencido siempre, ¿qué será cuando no me deje sino una sola? Ante las efectivas potencias de opresión de que el gobierno dispone—justicia, policía, ejército, impuestos, caudales públicos—¿qué puede mi pobre derecho abstracto? Cómo se concibe o pretende que yo, vecino pobre, lleno de deberes permanentes con mi mujer y mis hijos, más interesantes para mí que la política, haya de indisponerme con el comisario, el juez de paz, e inspector municipal de mi barrio, o sea los dispensadores también permanentes de mi tranquilidad y de mi honor, votando contra el gobierno? Y ello ¿para qué? Para elegir una lista de personas, o un individuo, ante los cuales soy una nulidad insignificante y de quienes me aleja sin esperanza la modestia de mi posición. Por otra parte ¿es posible que yo

elija con entera conciencia? Desde luego, no podré hacerlo con un igual, porque mis iguales son pobres y las elecciones cuestan muy caro. A pesar de todas las bellas palabras de la constitución, de la igualdad teórica que ella blasona, la primera condición para ser candidato es tener dinero o estar al servicio de un poderoso. Si he de elegir, entonces, a un superior, a un prócer, tendré que hacerlo al tanteo, conformarme con un desconocido. Buena parte de la educación consiste en ocultar los propios defectos. Qué es, entonces, lo que conozco de mi candidato? Poco que me da derecho á opinar, nada que me lo dé a elegir. Y esto, en la suposición del elector consciente. En la del otro, que constituye, por ejemplo, las mayorías argentinas; en la del infeliz analfabeto obligado a votar por una lista que no puede leer, la misma difícil aventura no existe. Ese está obligado de antemano por su propia ignorancia. Obligado a votar por el gobierno o por el amo. La ley carece, entonces, de toda importancia. No hace más que sancionar un hecho preexistente. Es la legitimación escrita del oficialismo.

Pero la abstención, dicen los políticos, no es un remedio; sin contar con que, práctica-

mente, no existe: el que no vota, consiente, autoriza.

La abstención es, por el contrario, el único remedio. El hecho de que los políticos y los gobiernos se preocupen tanto de suprimirla, comporta ya una prueba. Es que la abstención debilita al gobierno en el terreno del derecho, porque lo obliga a presentarse tal cual es: una forma del despotismo ejercido por minorías explotadoras y mañosas sobre un pueblo sumiso e imbécil. Así se acaba la pretendida delegación de la soberanía, la representación de la mitad más uno, y aparecen divorciados el pueblo y el gobierno: el gobierno, que sigue subsistiendo aunque nadie vote ni delegue, como para demostrar mejor la falacia de tales condiciones.

Ahora bien, a todos los que no tenemos la profesión de políticos nos interesa que el gobierno se debilite, pues de este modo gozamos de mayor libertad. Cuanto más fuerte es el gobierno más abusos comete sobre nuestra libertad, porque la fuerza del gobierno proviene de la libertad que nos toma; del propio modo que nuestra libertad, debemos conquistarla sobre el gobierno o vivirla defendiéndola de él. Por esto se ha dicho que

la libertad se toma, no se pide; y por esto también es necio vivir esperando que los gobiernos la den. Ellos no ofrecen y dan sino esa famosa libertad de sufragio, que por el hecho de venir así otorgada es una caricatura de libertad. No votar es, pues, mantenerse fuera del terreno al cual quiere llevarnos el gobierno para seguir viviendo de nuestra libertad; y esto sí que es, desde luego, el ejercicio de una libertad positiva; el gobierno es un mal inevitable por el momento, o si se quiere, necesario: conclusión de Spencer que no fué, por cierto, un anarquista; y de tal suerte, si tolerar un mal puede ser discreto, contribuir a fomentarlo es decididamente excesivo.

El gobierno vive de nosotros, del dinero que pagamos como tributo a esta consecuencia fatal de nuestra ignorancia e incapacidad para dirigirnos por nosotros mismos, y de la libertad que sacrificamos a su éxito. Es, además, una cosa de los políticos, que sólo a ellos interesa, porque de ella viven. No tenemos, pues, interés alguno en robustecerlo, sino todo lo contrario: pues cuanto más se robustezca, más se debilitará nuestra libertad, al ser libertad y gobierno, cosas irremediabilmente incompatibles.

Otra consecuencia ventajosa de la abstención es que, así, la responsabilidad del gobierno queda limitada a sus propios desempeñantes; no se dispersa en la indefinida vaguedad de la soberanía teóricamente representada por él. Los políticos quedan, entonces, obligados a ejercer su negocio sin ambages, y esto crea un obstáculo a su cinismo. Así, son también más accesibles al contralor de la única fuerza efectiva con que el pueblo cuenta para ir reduciendo las facultades del gobierno y contener sus abusos: la opinión pública, cuya eficacia estriba en la distancia a que se mantiene del gobierno. Es ella quien forma el ambiente sano donde el mismo gobierno mejora, o donde acaba por volverse impotente para ciertas formas de abuso. Así, entre nosotros, el gobierno actual es una cosa muy superior al de los tiempos de la montonera. Sin embargo, nunca se ha votado en nuestro país; ni entonces, ni ahora. Esto prueba que no es el sufragio lo que corrige al gobierno, sino la opinión pública más civilizada.

Pero la opinión se forma y propaga por medio de la cultura, que es la decencia intelectual y moral. Y quién osaría sostener que la política es la escuela de la decencia? Sa-

bemos que es todo lo contrario; y por esto en todas partes, en Francia, en Inglaterra, en los Estados Unidos, no obstante las jere-mías de Roosevelt, los intelectuales, los hombres independientes, se jactan de no hacer política. Con ello afirman explícitamente que consideran a la política como una profesión poco elevada; siendo de creer que esas personas y no los políticos, tienen razón.

Los pueblos no votan, pues, porque dicha función les resulta inútil, cuando no perjudicial. Y con esto les va muy bien. Tan bien, que sólo cuando han dejado de votar, les han prestado los gobiernos un poco de atención.

La verdadera eficacia de la acción popular, tanto sobre la masa como sobre el gobierno mismo, pertenece a los que no votan. A los que sistemáticamente nieganse a hacer política. Estos son, en el terreno militante, los sindicatos, en otro ejército permanente e internacional; y en el filosófico, los intelectuales. Del propio modo, la fuerza gubernativa no está en las elecciones, sino en el ejército, que tampoco vota. El gobierno puede perfectamente subsistir sin votos, pero no sin ejército...

No se concibe gobierno sin ejército. Cae-

ría a las veinticuatro horas, lo mismo donde se vota que donde el sufragio no existe. Porque la misión verdadera y la razón del gobierno, es la obediencia que debe constantemente imponer por medio de la fuerza. Esto demuestra que si las elecciones libres existieran, el gobierno sería siempre derrotado, y es lo que ha ocurrido allá donde las circunstancias obligáronlo a dejar elegir. Sólo que como dichas circunstancias han sido siempre revolucionarias, la consecuencia resulta poco favorable al ejercicio de las instituciones.

He aquí la situación que produce la presente crisis parlamentaria, y que los gobiernos pretenden corregir con leyes. Con leyes que, naturalmente, conducen al mismo fin.

El sistema de lista, que es el más lógico y franco, pone en manos del gobierno la mayoría y la unanimidad. Si el gobierno es inteligente, no usa sino la primera consecuencia, y negocia la segunda con la oposición que mientras no puede llegar al gobierno, se contenta con roer la punta del hueso. Pues como nadie lo ignora, la oposición es tan gubernista como él oficialismo. Si el gobierno carece de inteligencia... suele gobernar también, porque los pueblos son

todavía menos inteligentes. La base inmovible del gobierno, está efectivamente en la imbecilidad humana.

Como término opuesto, figura el sistema de los distritos, o sea la constelación de pequeños oficialismos substancialmente igual al cuerpo indiviso. Pues he aquí lo que ocurre, según la experiencia de los políticos franceses:

El diputado electo empieza por hacer valer su influencia para el nombramiento de las autoridades locales, asegurando de este modo su reelección; de donde resulta que ésta se convierte a poco en un proceso mecánico de oficialización absoluta—los famosos «charcos parados» con que se designa esos distritos aquí. Naturalmente, si el diputado es gubernista, asegura su situación pronto y para siempre. En total, siempre triunfa el gobierno; y de este modo las cosas más parecidas que como resultado electoral existen, son los sistemas de lista y de circunscripción.

Vienen luego los sistemas mecánicos del cuociente y de la lista incompleta cuya única ventaja, si es una, consiste en asegurar a la oposición la punta del hueso que ha de roer. Con esto, la oposición se oficia-

liza en el mejor de los casos, para ser ella y no otra minoría la que resulte en las elecciones con el derecho residual; si acaso el gobierno no prefiere inventar dentro de su propio partido la minoría en cuestión, para quedarse con todo. Entiendo que en la provincia de Buenos Aires conocen bien el sistema.

Y esto es para los países de sufragio universal, que son los más favorecidos. Cómo, pues, los que no somos políticos hemos de interesarnos por semejantes patrañas? Ni qué le importa al hombre libre cómo lo representan, si la más valiosa consecuencia de la libertad y de la dignidad es no estar representado por nadie? Si en la vida civil, mucho más importante y complicada que la vida política, basta tener veintidós años y ya es uno dueño de actuar sin representación.

La política, repito, es un artificio de los políticos, y dejaría de existir en cuanto se diera a cada ciudadano su propia representación; así como si los políticos dejaran al pueblo en absoluta libertad de votar, sin meterse ellos en la cosa, no votaría nadie.

Ahora, como lo interesante no es que haya políticos, ni que estos individuos vi-

van, sino que el pueblo sea libre por su propia virtud, la mejor manera de enseñárselo es desengañarlo de la política que le usurpa ese bien, y de la fe en el carácter providencial del gobierno. Tanto mejor si con su abstención, el gobierno cae en manos cada vez más ineptas. Así el pueblo se acostumbrará más pronto a no contar sino consigo mismo, lo cual constituye la verdadera educación de la libertad. Y no se tema el abuso, si la cultura crece amplificando así la influencia de la opinión. Nuestro gobierno ya no degüella ni confisca, pero no porque el pueblo vote. El pueblo votaba mucho más en la época de los degüellos y las confiscaciones. Nuestro progreso magnífico se debe a la cultura creciente, no a las elecciones. Por el contrario, lo hemos realizado sin votar. Cuando se votaba, no había progreso precisamente. Ocupados de elecciones, dejábamos estériles nuestros espíritus y nuestros campos. Sin embargo, no existe incompatibilidad entre una y otra cosa. Lo que me interesa establecer es que el voto no produce bien alguno, si se exceptúa a la profesión de los políticos.

Los procedimientos del gobierno, sea o no representativo, son iguales por doquiera

cuando se trata de mantener sumiso al pueblo para explotarlo; pues este es el objeto de la política. El gobierno es inconcebible, sin el sueldo y sin el puesto público.

El análisis experimental, no teórico, que en todo el mundo se ha efectuado sobre el fenómeno político, suministra esas conclusiones. Pasaron ya los tiempos en que los pueblos y algunos gobernantes actuaron con la ilusión generosa de conciliar la obediencia y la libertad, sin fijarse en que estos dos principios son definiciones de dos formas diversas de civilización.

La libertad ha seguido su lógica, exigiendo la dimisión progresiva de los gobiernos; y éstos, recobrando para defenderse todo su vigor inicial de fuerza despótica, presentan en el mundo entero el mismo espectáculo reaccionario, convirtiéndose rápidamente en monstruosas policías. Es la evolución general; y así como los atentados anarquistas contra la cámara francesa y contra el presidente norteamericano Mac-Kinley, motivaron leyes de persecución negativas de libertades hasta entonces incólumes, nuestros disturbios del centenario produjeron el mismo efecto. Por temor y odio a los anarquistas, nuestro congreso suprimió libertades

para ellos y para muchos que no lo somos y que condenábamos aquellos excesos sin espantarnos de la libertad. Porque la reacción, no es propiamente contra los anarquistas, sino contra la libertad o sea el principio incompatible. Cuando veo que se derriba el árbol entero con sus hojas, flores y frutos, sólo porque también produce una espina acá y allá, pienso que no es por la espina, sino por el árbol...

Todos aquellos que no tenemos la profesión de la política, prestamos, entonces, poca o ninguna fe a esos remedios, pues empieza por no interesarnos la misma cosa que ellos pretenden curar. Sabemos de antemano que los abusos oficiales contra la libertad apreciable, no contra la de votar que es una libertad inútil como la teta seca de caucho para el parvulillo, continuarán imperando, porque dimanar de una causa diversa: la falta de opinión, y lejos de esperar en la política tememos los efectos de la próxima, pues todo puede discutirse, menos el carácter corruptor de la política. Los parlamentos, aun allá donde mejor han sabido simular la representación, hállanse en pleno descrédito. Si existe labor estéril, es la de mejorar esa opinión, excedida en todas sus

tolerancias y por un siglo de rapacidades desvergonzadas y de sumisión servil á los gobiernos progenitores. Allá mismo pudo verse, el 25 de énero, cómo reciben los pueblos la humillación de sus representantes. Fué el único momento popular del gobierno de Figueroa.<sup>1</sup>

Tal es, actualmente, el estado de la opinión en el mundo entero, y sobre todo en esta Francia parlamentaria a la cual tanto ha costado y cuesta el principio jacobino del gobierno de asamblea. Lo que llevo expuesto con la mayor fidelidad posible, es el espectáculo intelectual que presenta en la materia el mundo civilizado, y el resumen de la observación directa.

Durante la pasada crisis parlamentaria en Inglaterra, el pueblo permaneció indiferente, como lo prueba la disminución de electores a favor del supremo esfuerzo de los partidos. Aquí en Francia, la reforma elec-

---

<sup>1</sup> Sin presupuestos, porque las dos cámaras no se los votaban, y ya al terminar el año económico, el presidente Figueroa, con policías y bomberos, impidió las sesiones de los Diputados y Senadores y en Consejo de Ministros, acordó que siguiera vigente en el nuevo año el mismo presupuesto del anterior.—(N. del E.)

toral tan discutida en la cámara de diputados, no interesa a nadie. El pueblo no sabe siquiera de lo que se trata. En España, las recientes elecciones municipales, ganadas, naturalmente, por el gobierno, han presentado un pequeño total de votos en relación con otras, aunque se trataba de un supremo esfuerzo de los partidos radicales, contrariado por otro esfuerzo oficial no menos decisivo. En Alemania se prevé la misma cosa para el año entrante.

Entretanto, el pueblo sigue otro camino más interesante que el parlamentario: el del gobierno directo por medio del sindicato, de la huelga, del boycott, apoyado por la fuerza efectiva, exactamente como el otro gobierno que tan bien se ha encargado de anticiparle el ejemplo. Porque no hay un solo abuso del pueblo, que no esté antecedido por un abuso oficial.

Infiero que esta última evolución de la democracia, presenciada por un espíritu filosófico para quien no presenta el más mínimo interés material, en cuanto su libertad es un bien interno, un estado de conciencia, resultará interesante a muchos que creen todavía en la realidad oficial de la libertad. Tal es el beneficio inmediato que puede

ofrecer esta exposición sobre el estado electoral del mundo.

Como lección de libertad, es más indirecto, pero también más provechoso. Comporta la enseñanza del auto-gobierno, que es la fe práctica en la eficacia de la propia energía para progresar, y a la vez la responsabilidad personal de cada uno en su propio bien y en su propio daño: la formación de la opinión pública, que todo lo mejora por simple acción de presencia, como el aire libre que es invisible e insípido, y constituye, sin embargo, el elemento de la vida.

La experiencia política está hecha. Este género de actividad ha dado ya todo lo que podía, y por ello vuélvese ahora reaccionario contra la libertad cuya actividad pública pretendía ser. En tanto, si los ciudadanos se acostumbran a no contar con el gobierno, éste podrá todo en política, pero nada en todo lo demás que aquéllos hayan substraído a su influencia. Entonces la política, como sucede en los Estados Unidos, nuestro modelo, sólo interesa a los políticos. Con ellos es omnipotente el gobierno. Con los demás, nada puede. Pasa a ser un elemento subalterno, una profesión mediocre, cada vez menos interesante a los individuos que re-

presentan la vida superior de la civilización. Con esto, el monopolio no estorba ni perjudica mucho, y aunque cuesta un poco caro, es un inconveniente asaz soportable.

A este respecto, preséntase una conclusión curiosa que la conciencia del analista me impone y que probará, si es necesario, mi indiferencia en la materia, pues resulta favorable al gobierno en su apariencia paradójal.

Cuando se aprecia imparcialmente los argumentos de oficialismos y oposiciones, llégase a la conclusión de que, políticamente hablando, los abusos provienen en realidad, no de que el gobierno se inmiscuye, sino de que los ciudadanos no saben prescindir de él. Para quien no se mete con él, el gobierno es inofensivo...

(De *La Nación*, de Buenos Aires, enero 25, 1912.)



## OCEÁNIDA

El mar, lleno de urgencias masculinas,  
bramaba alrededor de tu cintura,  
y como un brazo colosal, la oscura  
ribera te amparaba. En tus retinas,

y en tus cabellos, y en tu astral blancura,  
rieló con decadencias opalinas,  
esa luz de las tardes mortecinas  
que en el agua pacífica perdura.

Palpitando a los ritmos de tu seno,  
hinchóse en una ola el mar sereno;  
para hundirte en sus vértigos felinos

su voz te dijo una caricia vaga,  
y al penetrar entre tus muslos finos,  
la onda se aguzó como una daga.

## EL PAÑUELO

Poco a poco, adquiriendo otra hermosura,  
aquel cielo infantil de primavera  
se puso negro, cual si lo invadiera  
una sugestión lánguida y oscura.

Tenía algo de parque la espesura  
del bosque, y en la pálida ribera,  
padecía la tarde cual si fuera  
algún ser fraternal en desventura.

Como las alas de un alción herido,  
los remos de la barca sin consuelo  
azotaron el piélago dormido.

Cayó la noche, y entre el mar y el cielo,  
quedó por mucho tiempo suspendido  
el silencioso adiós de tu pañuelo.

## CANTO DE LA TARDE Y DE LA MUERTE

La grisácea superficie  
del mar, aun recuerda palideces de invierno.  
Una lúgubre molicie,  
trunca la página memorial de tu cuaderno.  
Golondrinas,  
sugieren con sus vuelos angustias de adioses,  
y las brisas iodadas y s. linas  
llevan ecos de lúgubres toses.  
Mi corazón, en hondos misereres,  
como una tecla herida canta su desventura,  
y sólo sabe que te mueres,  
que tienes frío y que eres pura.

Tu alma, pálida de belleza,  
ante el amor que la inunda en su albor divino,  
es taciturna como el destino  
y fiel como la tristeza.  
En el alabastro terso  
de tu carne, está infusa

como la melodía en el verso;  
y a la misma seda trivial de tu blusa  
la llena de su aroma,  
como al plumón la suave vida de la paloma.

La tuya que adora y la mía que ama,  
compusieron en célebre suceso  
la inmensidad efímera del beso -  
así dos rayos formando una sola llama.  
Pensativa y clemente,  
tu óleo de nardo y tus cabellos me diste,  
y tu alma oscura fué sobre mi alma triste  
como una madreselva sobre una fuente...

Ah nuestras tardes de tibieza exquisita,  
ante la inmensidad remota,  
con tus sobrios encajes de señorita  
y tu débil aroma de margarita  
en un sombrío hálito de creosota!...

Tardes rubias, de un estupor tan intenso,  
en cuya quietud macilenta,  
se insinuaban caricias con la lenta  
impalpabilidad del incienso.

Tardes celestes con cisnes y carretelas,  
y herrumbre de otoño en las frondas algo ralas;  
tardes inocentes como acuarelas  
para primeros premios de colegialas.

Tardes solares perfumadas por los henos,  
cuyo vigor excesivo  
adoloría tus pobres senos.

Tardes de gris esquivo,  
que sobre la mansa arboleda,

y llorando una lágrima en cada hoja,  
se disolvían con tanta congoja  
en una lluvia apaciguante y queda.

Con desliz de furtiva seda,  
tu falda perfumaba el aposento;  
y aquella palpitación de encajes,  
era el único movimiento  
en la suntuosa lobretez de los cortinajes.

Con fatuo centelleo de lentejuelas,  
tus pies imperativos sobre la inmensa alfombra,  
lucían sus indolentes chinelas—  
y aquello era la única turbación de la sombra.

Bajo su íntima clausura,  
llama votiva en la penumbra sacra,  
tu vida derramó la luz futura  
de un lirio celestial que se demacra.

En transfiguración postrera,  
anormalizáronse con vida exclusiva,  
tu inmensa cabellera  
y tus ojos que te devoraban viva—  
tus ojos de belladona y de químera  
que dilataba la ojera  
cual quemadura de alma en tu tez sensitiva.

El aya dormitaba su *crochet* cotidiano  
con avizora estupidez de liebre,  
mientras tu vertiginosa mano  
me imploraba no sé qué dolor sobrehumano,  
ardida de castidad y de fiebre.

A veces nos sumergíamos tanto  
en la fúnebre obsesión que asedia

a tu alma, pobre náufraga del llanto,  
que la alta noche llegó a agravar nuestro espanto  
con su silencio monumental de tragedia.

Y a cada paso,  
en la ilusoria monstruosidad de un mueble,  
en los tapices de marchito raso,  
sentíamos la inminencia del caso  
que hacía peligrar tu ser endeble.  
Y con mudo desvarío,  
en nuestra palidez interrogadora  
se erizaba el escalofrío  
de la fatalidad, al sonar cada hora.

Lilas irreales se aguaban en el río.  
Y el *Angelus*, sonando en la vislumbre,  
deploraba tan injustas agonías,  
que agobiada de certidumbre,  
en mi hombro confidencial desfallecías.

Por el abismo claro  
del crepúsculo en éxtasis sobre los montes,  
la vasta limpidez de los horizontes  
extremaba un inmenso desamparo.  
Y aquel salón excesivamente tibio,  
y tus peinadores flácidos cual mortajas,  
te concedían por único alivio  
una anacrónica pompa de alhajas.  
Perlas onerosas  
como odaliscas, en palideces sedosas  
de lunas crepusculares;  
diamantes de prez africana,  
en incandescencia de lágrimas estelares  
propicias a tu diafanidad de porcelana.

Y perlas y diamantes,  
en monótona sarta,  
compartían tus horas agonizantes  
con la intimidad del manguito de marta.  
O lucían cruelmente en tu grácil cuello,  
con un obstinado designio de horca;  
o enconaba laceraciones su destello  
en el circundante esplendor de la ajorca;  
o adornaban tus dedos con tal magnificencia,  
que a su tiránico influjo,  
las pobres manos padecían su opulencia  
fulguradas de bárbaro lujo.  
Hasta que, comentando su ausencia,  
un día devastada por las dudas,  
con la solemnidad de una sentencia  
me presentaste tus manos desnudas.  
Tus dedos fuselados como clavijas,  
que en ademán desolado y discreto,  
al no poder ya mantener las sortijas  
desmigajaban tu vida sin objeto...

## LEÓN CAUTIVO

Grave en la decadencia de su prez soberana,  
sobrelleva la aleve clausura de las rejas,  
y en el ocio reumático de sus garras ya viejas  
la ignominia de un sordo lumbago lo amilana.

Mas a veces el ímpetu de su sangre africana,  
repliega un arrogante fruncimiento de cejas,  
y entre el huracanado tumulto de guedejas  
ennoblece su rostro la vertical humana.

Es la hora en que hacia el vado, con nerviosas  
cautelas,

desciende el azorado trote de las gacelas.

Bajo la tiranía de atávicos misterios,

la fiera siente un lúgubre influjo de destino,

y en el oro nictálope de su ojo mortecino

se hastía una magnánima desilusión de imperios.

(De *Los crepúsculos del jardín*).



## LA LLUVIA DE FUEGO

### EVOCACIÓN DE UN DESENCARNADO DE GOMORRA

**R**ECUERDO que era un día de sol hermoso, lleno del hormigueo popular en las calles atronadas de vehículos. Un día asaz cálido y de tersura perfecta.

Desde mi terraza dominaba una vasta confusión de techos, vergeles salteados, un trozo de bahía punzado de mástiles, la recta gris de una avenida...

A eso de las once cayeron las primeras chispas. Una aquí, otra allá—partículas de cobre semejantes á las morcellas de un pábilo; partículas de cobre incandescente que daban en el suelo con un ruidecito de arenas. El cielo seguía de igual limpidez; el rumor urbano no decrecía. Únicamente los pájaros de mi pajarera, cesaron de cantar.

Casualmente lo había advertido, mirando hacia el horizonte en un momento de abstracción. Primero creí en una ilusión óptica causada por mi miopía. Tuve que esperar largo rato para ver caer otra chispa, pues la luz solar anegábalas bastante; pero el cobre ardía de tal modo, que se destacaban asimismo. Una rapidísima vírgula de fuego, y el golpecito en la tierra. Así, a largos intervalos.

Debo confesar que al comprobarlo, experimenté un vago terror. Exploré el cielo en una ansiosa ojeada. Persistía la limpidez. De dónde venía aquel extraño granizo? Aquel cobre? Era cobre?...

Acababa de caer una chispa en mi terraza, a pocos pasos. Extendí la mano; era, a no caber duda, un gránulo de cobre que tardó mucho en enfriarse. Por fortuna la brisa se levantaba, inclinando aquella lluvia singular hacia el lado opuesto de mi terraza. Las chispas eran harto ralas, además. Podía creerse por momentos que aquello había ya cesado. No cesaba. Uno que otro, eso sí, pero caían siempre los temibles gránulos.

En fin, aquello no había de impedirme almorzar, pues era el mediodía. Bajé al co-

medor atravesando el jardín, no sin cierto miedo de las chispas. Verdad es que el toldo, corrido para evitar el sol, me resguardaba...

...Me resguardaba? Alcé los ojos; pero un toldo tiene tantos poros, que nada pude descubrir.

En el comedor me esperaba un almuerzo admirable; pues mi afortunado celibato sabía dos cosas sobre todo: leer y comer. Excepto la biblioteca, el comedor era mi orgullo. Ahito de mujeres y un poco gotoso, en punto a vicios amables nada podía esperar ya sino de la gula. Comía solo, mientras un esclavo me leía narraciones geográficas. Nunca había podido comprender las comidas en compañía; y si las mujeres me hastiaban, como he dicho, ya comprenderéis que aborrecía a los hombres.

Diez años me separaban de mi última orgía! Desde entonces, entregado a mis jardines, a mis peces, a mis pájaros, faltábame tiempo para salir. Alguna vez, en las tardes muy calurosas, un paseo a la orilla del lago. Me gustaba verlo, escamado de luna al anochecer, pero esto era todo y pasaba meses sin frecuentarlo.

La vasta ciudad libertina, era para mí un

desierto donde se refugiaban mis placeres. Escasos amigos; breves visitas; largas horas de mesa; lecturas; mis peces; mis pájaros; una que otra noche tal cual orquesta de flautistas, y dos o tres ataques de gota por año...

Tenía el honor de ser consultado para los banquetes, y por ahí figuraban, no sin elogio, dos o tres salsas de mi invención. Esto me daba derecho—lo digo sin orgullo—a un busto municipal, con tanta razón como a la compatriota que acababa de inventar un nuevo beso.

Entre tanto, mi esclavo leía. Leía narraciones de mar y de nieve, que comentaban admirablemente, en la ya entrada siesta, el generoso frescor de las ánforas. La lluvia de fuego había cesado quizá, pues la servidumbre no daba muestras de notarla.

De pronto, el esclavo que atravesaba el jardín con un nuevo plato, no pudo reprimir un grito. Llegó, no obstante, a la mesa; pero acusando con su lividez un dolor horrible. Tenía en su desnuda espalda un agujerillo, en cuyo fondo sentíase chirriar aún la chispa voraz que lo había abierto. Ahogámosla en aceite, y fué enviado al lecho sin que pudiera contener sus ayes.

Bruscamente acabó mi apetito, y aunque seguí probando los platos para no desmoralizar a la servidumbre, aquella se apresuró a corresponderme. El incidente me había desconcertado.

Promediaba la siesta cuando subí nuevamente a la terraza. El suelo estaba ya sembrado de gránulos de cobre; mas no parecía que la lluvia aumentara. Comenzaba a tranquilizarme, cuando una nueva inquietud me sobrecogió. El silencio era absoluto. El tráfico estaba paralizado a causa del fenómeno, sin duda. Ni un rumor en la ciudad. Sólo, de cuando en cuando, un vago murmullo de viento sobre los árboles. Era también alarmante la actitud de los pájaros. Habíanse apelotonado en un rincón, casi unos sobre otros. Me dieron compasión y decidí abrirles la puerta. No quisieron salir; antes se recogieron más acongojados aún. Entonces comenzó a intimidarme la idea de un cataclismo.

Sin ser grande mi erudición científica, sabía que nadie mencionó jamás esas lluvias de cobre incandescente. Lluvias de cobre! En el aire no hay minas de cobre. Luego aquella limpidez del cielo, no dejaba conjeturar su procedencia. Y lo alarmante del fenó-

meno era esto. Las chispas venían de todas partes y de ninguna. Era la inmensidad desmenuzándose invisiblemente en fuego. Caía del firmamento el terrible cobre—pero el firmamento permanecía impasible en su azul. Ganábame poco a poco una extraña congoja; pero, cosa rara: hasta entonces no había pensado en huir. Esta idea se mezcló con desagradables interrogaciones. Huir! Y mi mesa, mis libros, mis pájaros, mis peces que acababan precisamente de estrenar un vivero, mis jardines ya ennoblecidos de antigüedad—mis cincuenta años de placidez, en la dicha del presente, en el descuido del mañana?...

Huir...? Y pensé con horror en mis posesiones (que no conocía) del otro lado del desierto, con sus camelleros viviendo en tiendas de lana negra y tomando por todo alimento leche cuajada, trigo tostado, miel agria...

Quedaba una fuga por el lago, corta fuga después de todo, si en el lago como en el desierto, según era lógico, llovía cobre también; pues no viniendo aquello de ningún foco visible, debía ser general.

No obstante el vago terror que me alarmaba, decíame todo eso claramente, lo dis-

cutía conmigo mismo, un poco enervado a la verdad por el letargo digestivo de mi siesta consuetudinaria. Y después de todo, algo me decía que el fenómeno no iba a pasar de allí. Sin embargo, nada se perdía con hacer armar el carro.

En ese momento llenó el aire una vasta vibración de campanas. Y casi junto con ella, advertí una cosa: ya no llovía cobre. El repique era una acción de gracias, co-creada casi acto continuo por el murmullo habitual de la ciudad. Ésta despertaba de su fugaz atonía, doblemente gárrula. En algunos barrios hasta quemaban petardos.

Acodado al parapeto de la terraza, miraba con un desconocido bienestar solidario, la animación vespertina que era toda amor y lujo. El cielo seguía purísimo. Muchachos afanosos, recogían en escudillas la granalla de cobre, que los caldereros habían empezado a comprar. Era todo lo que quedaba de la gran amenaza celeste.

Más numerosa que nunca, la gente del placer coloría las calles; y aun recuerdo que sonreí vagamente a un equívoco mancebo, cuya túnica recogida hasta las caderas en un salto de bocacalle, dejó ver sus piernas glabras, jaqueladas de cintas. Las cortesa-

nas, con el seno desnudo según la nueva moda, y apuntalado en deslumbrante coselete, paseaban su indolencia sudando perfumes. Un viejo lenón, erguido en su carro, manejaba como si fuese una vela una hoja de estaño, que con apropiadas pinturas anunciaba amores monstruosos de fieras; ayuntamientos de lagartos con cisnes; un mono y una foca; una doncella cubierta por la delirante pedrería de un pavo real. Bello cartel, a fe mía; y garantida la autenticidad de las piezas. Animales amaestrados por no sé qué hechicería bárbara, y desequilibrados con opio y con asafétida.

Seguido por tres jóvenes enmascaradas pasó un negro amabilísimo, que dibujaba en los patios, con polvos de colores derramados al ritmo de una danza, escenas secretas. También depilaba al oropimente y sabía dorar las uñas.

Un personaje fofo, cuya condición de eunuco se adivinaba en su morbidez, pregonaba al són de crótalos de bronce, cobertores de un tejido singular que producía el insomnio y el deseo. Cobertores cuya abolición habían pedido infructuosamente los ciudadanos honrados. Pues mi ciudad sabía gozar, sabía vivir.

Al anochecer recibí dos visitas que cenaron conmigo. Un condiscípulo jovial, matemático cuya vida desarreglada era el escándalo de la ciencia, y un agricultor enriquecido. La gente sentía necesidad de visitarse después de aquellas chispas de cobre. De visitarse y de beber, pues ambos se retiraron completamente borrachos. Yo hice una rápida salida. La ciudad, caprichosamente iluminada, había aprovechado la coyuntura para decretarse una noche de fiesta. En algunas cornisas, alumbraban perfumando, lámparas de incienso. Desde sus balcones, las jóvenes burguesas, excesivamente ataviadas, se divertían en proyectar de un soplo a las narices de los transeuntes distraídos, tripas pintarrajeadas y crepitantes de cascabeles. En cada esquina se bailaba. De balcón a balcón cambiábanse flores y gatitos de dulce. El césped de los parques, palpitaba de parejas...

Regresé temprano y rendido. Nunca me acogí al lecho con más grata pesadez de sueño.

Desperté bañado en sudor, los ojos turbios, la garganta reseca. Había afuera un rumor de lluvia. Buscando algo, me apoyé en la pared, y por mi cuerpo corrió como

un latigazo el escalofrío del miedo. La pared estaba caliente y conmovida por una sorda vibración. Casi no necesité abrir la ventana para darme cuenta de lo que ocurría.

La lluvia de cobre había vuelto, pero esta vez nutrida y compacta. Un caliginoso vaho sofocaba la ciudad; un olor entre fosfatado y urinoso apestaba el aire. Por fortuna, mi casa estaba rodeada de galerías y aquella lluvia no alcanzaba a las puertas.

Abrí la que daba al jardín. Los árboles estaban negros, ya sin follaje; el piso, cubierto de hojas carbonizadas. El aire, rayado de vírgulas de fuego, era de una paralización mortal; y por entre aquéllas, se divisaba el firmamento, siempre impassible, siempre celeste.

Llamé, llamé en vano. Penetré hasta los aposentos famularios. La servidumbre se había ido. Envueltas las piernas en un cobertor de biso, acorazándome espaldas y cabeza con una bañadera de metal que me aplastaba horriblemente, pude llegar hasta las caballerizas. Los caballos habían desaparecido también. Y con una tranquilidad que hacía honor a mis nervios, me dí cuenta de que estaba perdido.

Afortunadamente el comedor se encontraba lleno de provisiones; su zótano, atestado de vinos. Bajé a él. Conservaba todavía su frescura; hasta su fondo no llegaba la vibración de la pesada lluvia, el eco de su grave crepitación. Bebí una botella, y luego extraje de la alacena secreta el pomo de vino envenenado. Todos los que teníamos bodega poseíamos uno, aunque no lo usáramos ni tuviéramos convidados cargosos. Era un licor claro e insípido, de efectos instantáneos.

Reanimado por el vino, examiné mi situación. Era asaz sencilla. No pudiendo huir, la muerte me esperaba; pero con el veneno aquél, la muerte me pertenecía. Y decidí ver eso todo lo posible, pues era, a no dudarlo, un espectáculo singular. Una lluvia de cobre incandescente! La ciudad en llamas! Valía la pena.

Subí a la terraza, pero no pude pasar de la puerta que daba acceso a ella. Veía desde allí lo bastante, sin embargo. Veía y escuchaba. La soledad era absoluta. La crepitación no se interrumpía sino por uno que otro ululato de perro, o explosión anormal. El ambiente estaba rojo, y a su través, troncos, chimeneas, casas, blan-

queaban con una lividez tristísima. Los pocos árboles que conservaban follaje retorciéndose, negros, de un negro de estaño. La luz había decrecido un poco, no obstante de persistir la limpidez celeste. El horizonte estaba, esto sí, mucho más cerca, y como ahogado en cenizas. Sobre el lago flotaba un denso vapor, que algo prevenía la extraordinaria sequedad del aire.

Percibíase claramente la combustible lluvia, en trazos de cobre que vibraban como el cordaje innumerable de un arpa, y de cuando en cuando mezclábanse con ella ligeras flámulas. Humaredas negras anunciaban incendios aquí y allá.

Mis pájaros comenzaban a morir de sed y hube de bajar hasta el aljibe para llevarles agua. El zótano comunicaba con aquel depósito, vasta cisterna que podía resistir mucho al fuego celeste; mas por los conductos que del techo y de los patios desembocaban allá, habíase deslizado algún cobre y el agua tenía un gusto particular, entre natrón y orina, con tendencia a salarse. Bastóme levantar las trampillas de mosaico que cerraban aquellas vías, para cortar a mi agua toda comunicación con el exterior.

Esa tarde y toda la noche fué horrendo

el espectáculo de la ciudad. Quemada en sus domicilios, la gente huía despavorida para ardersse en las calles, en la campiña desolada; y la población agonizó bárbaramente, con ayes y clamores de una amplitud, de un horror, de una variedad estupendas. No hay nada tan sublime como la voz humana. El derrumbe de los edificios, la combustión de tantas mercancías y efectos diversos, y más que todo la incineración de tantos cuerpos, acabaron por agregar al cataclismo el tormento de su hedor infernal. Al declinar el sol, el aire estaba casi negro de humo y de polvaredas. Las flámulas que danzaban por la mañana entre el cobre pluvial, eran ahora llamaradas siniestras. Empezó a soplar un viento ardentísimo, denso, como alquitrán caliente. Parecía que se estuviese en un inmenso horno sombrío. Cielo, tierra, aire, todo acababa. No había más que tinieblas y fuego. Ah, el horror de aquellas tinieblas que todo el fuego, el enorme fuego de la ciudad ardida no alcanzaba a dominar; y aquel hedor de pingajos, de azufre, de grasa cadavérica en el aire seco que hacía escupir sangre; y aquellos clamores que no sé cómo no acababan nunca, aquellos cla-

mores que cubrían el rumor del incendio, más vasto que un huracán, aquellos clamores en que aullaban, gemían, bramaban todas las bestias con un inefable pavor de eternidad!...

    Mi casa empezaba a arder.

    Bajé a la cisterna; sin haber perdido hasta entonces mi presencia de ánimo, pero enteramente erizado con aquel horror; y al verme de pronto en esa oscuridad amiga, al amparo de la frescura, ante el silencio del agua subterránea, me acometió de pronto un miedo que no sentía—estoy seguro—desde cuarenta años atrás, el miedo infantil de una presencia enemiga y difusa; y me eché a llorar, a llorar como un loco, a llorar de miedo, allá en un rincón, sin rubor alguno.

    No fué sino muy tarde, cuando al escuchar el derrumbe de un techo, se me ocurrió apuntalar la puerta del zótano. Hícelo así con su propia escalera y algunos barrotes de la estantería, devolviéndome aquella defensa alguna tranquilidad; no porque hubiera de salvarme, sino por la benéfica influencia de la acción. Cayendo a cada instante en modorras que entrecortaban funestas pesadillas, pasé las horas. Conti-

nuamente oía derrumbes allá cerca. Había encendido dos lámparas que traje conmigo, para darme valor, pues la cisterna era asaz lóbrega. Hasta llegué a comer, bien que sin apetito, los restos de un pastel. En cambio bebí mucha agua.

De repente mis lámparas empezaron a amortiguarse, y junto con eso el terror, el terror paralizante esta vez, me asaltó. Había gastado sin advertirlo toda mi luz, pues no tenía sino aquellas lámparas. No advertí, al descender esa tarde, en traerlas todas conmigo.

Las luces decrecieron y se apagaron. Entonces advertí que la cisterna empezaba a llenarse con el hedor del incendio. No quedaba otro remedio que salir; y luego, todo, todo era preferible a morir asfixiado como una alimaña en su cueva.

A duras penas conseguí alzar la tapa del zótano que los escombros del comedor cubrían...

...Por segunda vez había cesado la lluvia infernal. Pero la ciudad ya no existía. Techos, puertas, gran cantidad de muros, todas las torres yacían en ruinas. El silencio era colosal, un verdadero silencio de catástrofe. Cinco o seis grandes humaredas em-

pinaban aun sus penachos; y bajo el cielo que no se había enturbiado un momento, un cielo cuya crudeza azul certificaba indiferencias eternas, la pobre ciudad, mi pobre ciudad, muerta, muerta para siempre, hedía como un verdadero cadáver.

La singularidad de la situación, lo enorme del fenómeno, y sin duda también el regocijo de haberme salvado, único entre todos, cohibían mi dolor reemplazándolo por una curiosidad sombría. El arco de mi zaguán había quedado en pie, y asiéndome de las adarajas pude llegar a su cima.

No quedaba un solo resto combustible y aquello se parecía mucho a un escorial volcánico. A trechos, en los parajes que la ceniza no cubría, brillaba con un bermejor de fuego, el metal llovido. Hacia el lado del desierto, resplandecía hasta perderse de vista un arenal de cobre. En las montañas, a la otra margen del lago, las aguas evaporadas de éste condensábase en una tormenta. Eran ellas las que habían mantenido respirable el aire durante el cataclismo. El sol brillaba inmenso, y aquella soledad empezaba a agobiarme con una honda desolación, cuando hacia el lado del puerto percibí un bulto que vagaba entre las rui-

nas. Era un hombre, y habíame percibido ciertamente, pues se dirigía a mí.

No hicimos ademán alguno de extrañeza cuando llegó, y trepando por el arco vino a sentarse conmigo. Tratábase de un piloto, salvado como yo en una bodega, pero apuñaleando a su propietario. Acababa de agotarse el agua y por ello salía.

Asegurado a este respecto, empecé a interrogarle. Todos los barcos ardieron, los muelles, los depósitos; y el lago habíase vuelto amargo. Aunque advertí que hablábamos en voz baja, no me atreví—ignoro por qué—a levantar la mía.

Ofrecíle mi bodega donde quedaban aún dos docenas de jamones, algunos quesos, todo el vino...

De repente notamos una polvareda hacia el lado del desierto. La polvareda de una carrera. Alguna partida que enviaban, quizá, en socorro, los compatriotas de Adama o de Seboim. Pronto hubimos de sustituir esta esperanza por un espectáculo tan desolador como peligroso.

Era un tropel de leones, las fieras sobrevivientes del desierto, que acudían a la ciudad como a un oasis, furiosos de sed, enloquecidos de cataclismo.

La sed y no el hambre era lo que los enfurecía, pues pasaron junto a nosotros sin advertirnos. Y en qué estado venían! Nada como ellos demostraba tan lugúbremente la catástrofe.

Pelados como gatos sarnosos, reducida a escasos chícharrones la crin, secos los ijares, en una desproporción de cómicos a medio vestir con la fiera cabezota, el rabo agudo y crispado como el de una rata que huye, las garras pustulosas, chorreando sangre—todo aquello decía a las claras sus tres días de horror bajo el azote celeste, al azar de las inseguras cavernas que no habían conseguido ampararlos.

Rondaban los surtidores secos con un desvarío humano en sus ojos, y bruscamente reemprendían su carrera en busca de otro depósito, agotado también; hasta que sentándose por último en torno del postrero, con el calcinado hocico en alto, la mirada vagorosa de desolación y de eternidad, quejándose al cielo, estoy seguro, pusiéronse a rugir.

Ah!... nada, ni el cataclismo con sus horrores, ni el clamor de la ciudad moribunda era tan horroroso como ese llanto de bestia sobre las ruinas. Aquellos rugidos tenían

una evidencia de palabra. Lloraban quién sabe qué dolores de inconciencia y de desierto a alguna divinidad oscura. El alma sucinta de la bestia agregaba a sus terrores de muerte, el pavor de lo incomprensible. Si todo estaba lo mismo, el sol cotidiano, el cielo eterno, el desierto familiar—por qué se ardían y por qué no había agua?... Y careciendo de toda idea de relación con los fenómenos, su horror era ciego, es decir, más espantoso. El transporte de su dolor elevábalos a cierta vaga noción de proveniencia, ante aquel cielo donde había estado cayendo la lluvia infernal, y sus rugidos preguntaban ciertamente algo a la cosa tremenda que causaba su padecer. Ah!... esos rugidos, lo único de grandioso que conservaban aún aquellas fieras disminuídas: cuál comentaban el horrendo secreto de la catástrofe; cómo interpretaban en su dolor irremediable la eterna soledad, el eterno silencio, la eterna sed...

Aquello no debía durar mucho. El metal candente empezó a llover de nuevo, más compacto, más pesado que nunca.

En nuestro súbito descenso, alcanzamos a ver que las fieras se desbandaban buscando abrigo bajo los escombros.

Llegamos a la bodega, no sin que nos alcanzaran algunas chispas, y comprendiendo que aquel nuevo chaparrón iba a consumir la ruina, me dispuse a concluir.

Mientras mi compañero abusaba de la bodega—por primera y última vez, a buen seguro—decidí aprovechar el agua de la cisterna en mi baño fúnebre, y después de buscar inútilmente un trozo de jabón, descendí a ella por la escalatina que servía para efectuar su limpieza.

Llevaba conmigo el pomo de veneno, que me causaba un gran bienestar, apenas turbado por la curiosidad de la muerte.

El agua fresca y la oscuridad, me devolvieron a las voluptuosidades de mi existencia de rico que acababa de concluir. Hundido hasta el cuello, el regocijo de la limpieza y una dulce impresión de domesticidad, acabaron de serenarme.

Oía afuera el huracán de fuego. Comenzaban otra vez a caer escombros. De la bodega no llegaba un solo rumor. Percibí en eso un reflejo de llamas que entraban por la puerta del zócano, el característico tufo urinoso... Llevé el pomo a mis labios, y...

(De *Las fuerzas extrañas*).

## LA DICHA DE VIVIR

Poco antes de la oración en el huerto, un hombre tristísimo que había ido para ver á Jesús, conversaba con Felipe, mientras concluía de orar el Maestro.

—Yo soy el resucitado de Naím—dijo el hombre.—Antes de mi muerte me regocijaba con el vino, holgaba con las mujeres, festejaba con mis amigos, prodigaba joyas y me recreaba en la música. Hijo único, la fortuna de mi madre viuda era mía tan sólo. Ahora nada de eso puedo: mi vida es un páramo. A qué debo atribuirlo?

—Es que cuando el Maestro resucita á alguno, asume todos sus pecados—respondió el apóstol.—Es como si aquel volviese á nacer en la pureza del párvulo.

—Así lo creía y por eso vengo.

—Qué podrías pedirle, habiéndote devuelto la vida?

—Que me devuelva mis pecados—suspiró el hombre.

(Del *Lunario Sentimental*).